

## Mediadores

Cuando hace años la sociedad confiaba en los poderes sociales que más a mano tenía para resolver sus problemas sobraba –entonces– una nueva profesión ahora en auge como son los/as *mediadores/as*. Aunque esa figura que tiene otra variante como es la de los *intermediarios*, siempre ha sido necesaria. Era la de aquellos individuos que terciaban en problemas donde los afectados no llegaban a resolver sus problemas, por ignorancia, escasez de medios o sencillamente la imposibilidad de llegar a entenderse.

Esos poderes estaban representados por el *cura párroco* (la Iglesia), *la guardia civil* (poder ejecutivo), *el juez de paz* (legislativo) o *el médico* (la salud mental o física). A los que podían incorporarse, llegado el caso, *el alcalde*, *el farmacéutico*, *el maestro* o *la figura del hombre bueno*, que destacaba sobre el resto debido a su trayectoria vital de hombre que reunía pocas condiciones, pero sí las suficientes para que su opinión fuera tenida en cuenta: sensatez, coherencia, honestidad...

Ahora esas figuras no existen, bien porque otras las han sustituido en la función mediadora o sencillamente porque las modas, los tiempos o la falta de crédito las ha relegado al olvido. Existen, sí, pero no cumplen función alguna en relación con la solución de problemas que vengo a contar. Porque en mi análisis me voy a centrar en su vertiente positiva ya que la otra, la negativa, –que tuve la posibilidad de conocer–, es aquella donde fueron unos corruptos, viciosos, caciques, ladrones, o simplemente se aprovecharon del poder que le dio cada una de las instituciones a las que representaban.

El cura párroco dotado del poder y la infalibilidad que le confería el Espíritu Santo, a la par que su bondad, aconsejaba sobre el mejor camino a seguir que no siempre pasaba o terminaba rezando el Santo Rosario. Confiados en su experiencia y poder divino los afectados seguían sus dictados. No en vano esta persona, la del cura, gozaba de una fuente de información incontestable, la que se transmitía a través de la confesión. Y ahí no se podían gastar bromas. Bien usada se convertía en un arma, que contribuía a que los necesitados quedaran en paz consigo mismo y con los demás.

¿Cuántas veces un chico al borde de la desesperación por los problemas llamados *de la carne*, o *existenciales* encontró consuelo en unas palabras dichas con afecto y sentido común?

Consejos que evitaron tragedias. El cura era el siquiatra, el que te oía con paciencia, el que siempre lo tenías dispuesto a escucharte a cambio de nada. Así era su filosofía, equivocada o no sobre la influencia de la bondad divina. La otra versión es la del cura prepotente, cacique, la que justificaba sus decisiones basadas precisamente en lo contrario al verdadero mandato divino.

Otra institución, la de la guardia civil, presente en todos los rincones del territorio, ofició y medió cuando se le necesitó en casos de violencia conocida como *violencia de género* o cualquier otra forma de violencia. Como por ejemplo aquella en la que el marido llegó borracho a su casa y se meó delante de su mujer y sus hijos y que cuando la mujer le reprochó su conducta recibió una bofetada y la amenaza de que estuviera callada en evitación de males mayores. La guardia civil intermedió aplicando un castigo ejemplar: a la mañana siguiente del suceso lo puso en mitad de la calle, a la vista de todo el mundo agarrado a un pisón de madera, aplastando terrones, y el cartel colgado de su pecho que decía “*Por borracho y sinvergüenza*”.

El cargo juez de paz lo ostentaba un hombre cuya solvencia moral estaba acreditada. Si fallaban los anteriores era normal recurrir a él donde seguro encontrarías el mejor de los consejos. Era el hombre bueno, imparcial, tranquilo, cuyo aspecto inspiraba confianza a las partes.



Por último, el médico de familia, aquél que practicaba y aplicaba sus conocimientos sobre el clan familiar, abuelos, padres e hijos, y le convertían en la persona ideal a la hora de tomar decisiones sobre el bien morir, aspecto que casi nunca se piensa ya que actualmente a la primera de cambio el abuelo es conducido a un hospital a que le hagan de todo –ignorada la dignidad necesaria– antes de morir en una habitación fría y anónima en lugar de en su casa rodeado de los suyos, o peor aún a una

residencia de ancianos lejos del calor familiar. Ese médico que prescribía las medicinas en última instancia cuando su ciencia había agotado otras posibilidades. Al que tenías dispuesto a cualquier hora del día. Que sabía de depresiones sin ser siquiatra, del corazón, hígado, riñones y aparato digestivo sin ser especialista. De ese hombre que nada más entrar en su despacho sabía en un golpe de vista de qué pié cojeabas y no solo literalmente. Al que recurrías incluso en los casos relacionados con los problemas de alcoba. **(En la foto, la flor de la tápena)**

Ahora es distinto.

El cura está desprestigiado por méritos propios o por la descreencia derivada de la consideración que se tiene respecto a la naturaleza del cuerpo, No hay individuos con alma, la espiritualidad es una palabra reservada a los santos, a los místicos, a los poetas, a los artistas... a los que sueñan con otro mundo mejor desde la óptica del entendimiento. La guardia, el guardia civil, es un personaje que representa a una institución del pasado. Burocratizada. Gente que sigue un horario, que se encierra en

el cuartel a partir de una determinada hora y que cuanto menos problemas le lleves, mejor. Hay honrosas excepciones. El Juez de Paz es una figura desconocida o al menos irrelevante, con el que nadie cuenta. Los problemas legales has de llevarlos a instancias superiores y en ese caso pensar antes de tomar esa decisión sobre el famoso dicho de *juicios tengas y los ganes*. Y finalmente el médico. Problemas de todo tipo, económicos, burocráticos, de masificación, del uso indebido de la medicina y su figura, han contribuido a minusvalorar su función. El médico de familia te recibe en su despacho a sabiendas que solo podrá concederte unos minutos, los necesarios para escuchar brevemente tu problema y redactar un volante destinado al especialista. Ya no tiene el necesario auxiliar que le ayude y le sirva de cobertura para ser testigo, en caso de falsa denuncia, practicando un análisis de mama o una citología. Le queda el recurso de firmar recetas de medicinas cuanto más caras mejor, volantes a todos los especialistas.

Ahora quedan los *mediadores*, *los intermediarios*, esos personajes que te escuchan atentamente y que conscientes o no de su ignorancia se miran los bolsillos en busca de soluciones. Bolsillos vacíos, pero que contribuirás a llenar una vez finalizado el tiempo de consulta.

La Torrecilla, 18 de junio de 2017.